

SOCIALISMO Y CRISTIANISMO

Lluís DUCH

Introducción

Antes de comenzar quisiera hacer unas precisiones que me parecen pertinentes para evitar malentendidos. El cristianismo es una magnitud histórica que se ha interpretado y vivido —y se interpreta y se vive— de formas muy diferentes. Por eso resulta más apropiado hablar de *cristianismos* que de *cristianismo*. Seguramente ocurre lo mismo con el término *socialismo* y con tantos otros. Dentro de este enorme abanico de interpretaciones que se han hecho —y todavía se hacen— de la tradición cristiana, creo que es posible distinguir tres grandes tipos de interpretación y de vivencia del cristianismo: 1) el tipo *sacerdotal*; 2) el tipo *profético*; 3) el tipo *sapiencial*.

Obviamente, en la larga historia del cristianismo jamás se han dado aplicaciones «puras» de estos tipos, sino formas concretas de vida cristiana que ponían el acento más en un tipo que en otro.

Las diversas formas históricas, que a partir de los escritos del Nuevo Testamento ha adoptado el mensaje cristiano, pueden encuadrarse dentro de lo que habitualmente denominamos *religión*. Y como es bien sabido, la religión, toda religión, es algo muy ambiguo, que participa de la *ambigüedad*, que es uno de los atributos inherentes a la condición humana. Eso significa que, históricamente, el cristianismo ha producido lo mejor y lo peor como, por ejemplo, la *santidad* y las *guerras de religión* y todo lo demás.

En Occidente, de una forma muy especial desde las postrimerías del siglo XVIII, la contraposición *religión-política* (en el ámbito «latino» concretada sobre todo en la oposición *catolicismo (papado-Estado)*), ha sido uno de los factores más importantes del malvivir de los europeos y, mucho más especialmente todavía, de los pueblos latinos. No hay que olvidar que, casi siempre, los sistemas religiosos poseen una exigencia política y los sistemas políticos no dejan de manifestar una exigencia religiosa.

La religión como el resto de los sistemas políticos, culturales, sociales, científicos, etcétera, se encuentra constantemente sometida a procesos de fundamentalización. Cuando los textos (del orden que sean) pierden el contacto vital con los contextos que se suceden vertiginosamente, entonces se inicia la fundamentalización, que consiste en la conservación de las mediaciones religiosas, políticas, jurídicas, sociales, culturales en finalidades autónomas que se preocupan, casi de forma exclusiva, por lo que los sociólogos denominan la «reproducción del sistema». A menudo, la máxima fundamentalización consiste en la sacralización del poder. La siempre posible restauración se basa en la predisposición que tienen los individuos y las colectividades a la pérdida del contacto vital entre los textos y los contextos: unas supuestas necesidades teóricamente definidas se imponen y anulan las necesidades reales de las personas y de los grupos.

La religión puede interpretarse como «camino de salvación» y como «proyecto de salvación». En el primer caso, posee la primacía lo que algunos denominan el «pensamiento con regulación ortodoxa» (Deconchy). El derecho a la diferencia queda entonces anulado y lo que se presenta como más deseable es la adaptación incondicional de los individuos al sistema. En cambio, la religión como proyecto de salvación establece una correlación siempre problemática, siempre crítica (en el sentido de la búsqueda constante de criterios), entre las urgencias del momento y sus siempre provisionales soluciones.

Hablaré de «tradiciones» socialista y cristiana. En nuestro país, el término «tradicición» ha sido —y quizá lo siga siendo— muy peligroso. Tomo el término en el doble sentido del *transmittere* y del *tradere*, es decir, de la transmisión de ideas, actitudes y valores que nos vienen del pasado. Los «tradicionalismos» se quedan aquí y dicen: entonces,

hay que reproducir en el presente aquel pasado que es paradigmático para el presente. Sin embargo, este planteamiento es completamente insuficiente. La auténtica tradición no tiene su criterio decisivo en el pasado, sino en el *presente*, porque la auténtica tradición es la *recreación*, es la recolocación de los textos que nos vienen del pasado en los contextos actuales.

Las reflexiones que siguen se basan en una interpretación posible del mensaje de Jesús de Nazaret. No excluyo el hecho de que no puedan ser aceptadas desde otras interpretaciones como, por ejemplo, las que en la larga historia del cristianismo han impuesto los siempre peligrosos «teólogos de corte».

La tradición cristiana

Interpreto el mensaje de Jesús de Nazaret en clave profético-sapiencial, a pesar de que, muy a menudo, se ha interpretado el cristianismo (y lo mismo se podría decir de muchas otras ideologías y sistemas jurídicos y filosóficos) en clave sacerdotal. Interpretar el cristianismo en clave profético-sapiencial significa que el mensaje cristiano no intenta una forma cualquiera de integración social basada en una jerarquización o sacralización del poder en el interior de la comunidad. Para Jesús, el poder (que no la autoridad) siempre se encuentra muy cerca de la perversión. Interpretar el cristianismo (y lo mismo se podría decir de la tradición socialista) en clave sacerdotal quiere decir que se otorga la primacía a los procesos de institucionalización por encima de las necesidades, las urgencias y los deseos de las personas concretas que viven en un tiempo y en un espacio concretos.

El cristianismo surge como un movimiento marginal (profético) en un oscuro rincón del Imperio Romano. Está claro que Jesús se encuentra enraizado en la tradición judía, pero se sitúa en su interior de una forma crítica (aceptación-rechazo). Acepta los desarrollos *históricos* de la historia de Israel que, de acuerdo con sus planteamientos, desembocan en la historia universal tal como ésta era contemplada al comienzo de la era cristiana. Sin embargo, no acepta los desarrollos jurídico-culturales que proponían como normativos los jefes religioso-políticos del judaísmo de su tiempo; desarrollos que, entre muchos otros aspectos, daban lugar a un evidente «racismo cultural». Jesús proponía la salvación universal para todos los hombres, al margen de las determinaciones de raza, sexo, cultura, posición social, etcétera. En resumen: Jesús subvierte la concepción tradicional de Israel basada en la idea de la *elección*.

Esto, por lo menos tiene una consecuencia triple: a) la *historia*, la cotidianeidad, el mundo de las relaciones familiares, profesionales y de vecindad de los seres humanos son el lugar donde se realiza la vida

cristiana; b) el mensaje cristiano es una *oferta libre* (el «si quieres ser perfecta...» de que habla Jesús); c) el *prójimo* (su reconocimiento), tal como por ejemplo, es presentado en la parábola del buen samaritano (Lucas 10, 30-37) o en la parábola del juicio (los corderos y los cabritos) (Mateo 25,31-46), y no la explícita referencia a Dios, es el criterio decisivo para establecer la cristiandad de la vida de los que encuentran interesante seguir a Jesús como expresión concreta de la vida cristiana.

A partir de los tres puntos anteriores, creo que es posible extraer una consecuencia fundamental: *a priori*, de antemano, al margen de las peripecias históricas, nadie puede establecer lo que es cristiano, pero lo que es cristiano es una *respuesta* a las cuestiones que plantea la época, el contexto, cuando esta época y este contexto están maduros para que surjan tales preguntas.

Otra consecuencia importante de los puntos anteriores es que la comunidad que propone Jesús no tiene una constitución piramidal, sino que, en propiedad, es una *hermandad*. «Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo». (Mateo 23,9-10).

Todavía querría destacar una actitud de Jesús que puede ser conveniente recordar. Me refiero a su decidida preferencia por la marginalidad (tan subrayada actualmente por las teologías de la liberación): las mujeres como grupo social, los cobradores de impuestos, la gente pequeña, las mujeres de mala vida, los que no poseen ningún tipo de reconocimiento social, etcétera, es decir, los estratos sociales que ocupaban un lugar secundario en la Palestina de aquel tiempo, los cuales, muy a menudo, eran los que, sencillamente, eran asimilados por el *establishment* judío con los «pecadores», es decir, los religiosamente peligrosos.

En los sermones de Jesús, el poder en todas sus formas (dinero, dominación, desconsideración con los débiles, etcétera) es desaprobado sin contemplaciones, porque el poder, a sus ojos, es pura vanidad, mera inconsistencia, la posibilidad idolátrica por excelencia, que tergiversa todas las relaciones humanas y, en consecuencia, no permite que el hombre cumpla los dos mandamientos de Jesús: amor a Dios y amor al prójimo. El poder introduce un absoluto en el entramado de las relaciones humanas que deteriora la comunidad que propone Jesús, es decir la unión de los hermanos. Es un hecho indudable, señalado ya hace unos años con mucha perspicacia por Michel de Certeau que, al menos en Occidente y en términos generales, la exigencia ético-religiosa del mensaje de Jesús ha tendido a objetivarse en manifestaciones estético-culturales. De esta forma, por lo menos a nivel institucional, la exigencia profética del cristianismo se diluía lamentablemente,

aunque, aquí y allá, continuase apareciendo, individualmente o en pequeñas comunidades, la *protesta profética*.

En este sentido, la tradición socialista, a pesar de las mutuas condenas y descalificaciones que se han producido en el pasado, ha sido sumamente beneficiosa para el cristianismo: le ha hecho tomar conciencia de sus valores originales (organización fraternal de la vida, relativización del poder, valor de la marginalidad, la pobreza, que no la miseria, como antídoto contra la petulancia y la absolutización de las mediaciones humanas, etcétera).

La tradición socialista

Es una enorme osadía por mi parte intentar indicar los rasgos fundamentales de la tradición socialista. Me ha servido la reflexión de algunos socialistas cristianos alemanes de los años veinte, que llevaron a cabo, en un tiempo que poseía algunos paralelismos con el actual, una reflexión muy semejante a la que estamos haciendo nosotros ahora mismo. Quisiera advertir que la tradición socialista, como todas las demás tradiciones, incluida la cristiana, también ha sido objeto de interpretaciones sacerdotales, proféticas y sapienciales.

Dejando a un lado los orígenes más o menos remotos de esta tradición, creo que se puede afirmar que tal como nosotros la conocemos es la respuesta a las condiciones de vida de los sectores menos favorecidos de la sociedad moderna sometida, a menudo brutalmente, a los procesos de industrialización, de urbanización, de anonimato, de burocratización, etcétera. Se trata, pues, de una propuesta histórica que pretende la salvaguardia física, moral y espiritual de los marginales y marginados por la triunfante sociedad burguesa occidental.

La tradición socialista hace una propuesta encaminada a la reconstrucción del tejido social, es decir, a una nueva vigorización de la *comunidad*, la cual había sido perjudicada por las condiciones de vida impuestas por los poderosos. Es necesario que los hombres reinstauren y mantengan, sin caer en las trampas del naturalismo bucólico tan típicas del «romanticismo político» del siglo XIX, unas *relaciones fraternales*, para darle la vuelta al lema del liberalismo moderno: «*homo homini lupus*», para que se convierta justo en medio de una sociedad que será mayoritariamente urbana en «*homo homini frater*». Esta sociedad nueva de hermanos será para los socialistas cristianos alemanes de los años veinte y treinta una realización (parcial, si se quiere) del Reino de Dios en esta tierra.

La cotidianeidad, la historia, es el marco donde ha de nacer el *hombre nuevo, desalienado*, que dirían algunos representantes de la tradición socialista. El reino de la libertad habría de sustituir al reino de la

necesidad, como decía mi viejo maestro Ernst Bloch. La fuerza de lo todavía-no-conseguido, por continuar utilizando su terminología, permite la construcción del socialismo como «proyecto de salvación» y no como «camino de salvación». El mundo, decía Bloch, es el *laboratorium possibilis salutis*, en el cual es factible el restablecimiento del tejido socio-comunitario deteriorado por los artefactos competitivos que ha puesto en circulación la moderna sociedad occidental. Bloch considera que la edificación del socialismo será una verdadera acción terapéutica en un doble sentido: naturalización del hombre y humanización de la naturaleza. Todo eso, naturalmente, presidido por el gran *principio esperanza*.

En este sentido, en algunas oportunidades, la tradición socialista ha venido a sustituir la función que antaño desempeñaba la religión. Frente a las iglesias que defendían *otro mundo*, la izquierda europea quería promover un *futuro diferente* (M. Deferteau). Aquí sería interesante analizar los pasos que se han dado desde la tradición cristiana a los socialismos por medio de las «herejías». (Tomo «herejía» en su sentido más primario: elegir de forma distinta, como por ejemplo, los marginados en lugar de los instalados, el servicio al prójimo en lugar de la rígida estratificación jerárquica, la constante búsqueda de criterios en lugar del pensamiento y de la acción con «regulación ortodoxa», etcétera.) Pero, en cualquier caso, lo que me parece importante destacar es que la consecución, *ya en el presente*, de una ordenación cultural, social y comunitaria diferente se presenta, parafraseando a Kant, como un reconocimiento de la dignidad del prójimo, la cual no tiene precio, es decir, que de ninguna forma habría de entrar en el circuito «oferta-demanda».

Para bien y para mal, la tradición socialista, vistas las cosas en su conjunto, no es una manera técnica que permita aplicaciones parciales a sectores concretos de la existencia humana. Originariamente, la tradición socialista es una *Weltanschauung* que afecta, por emplear un lenguaje clásico, a la inteligencia, la voluntad y el sentimiento de sus adeptos. Además, no hay que olvidar que todo proyecto político es al mismo tiempo una pedagogía, una transmisión de unos determinados valores que se consideran deseables para el establecimiento de unas relaciones sociales adecuadas.

Todas las cuestiones que he planteado son cuestiones abiertas, susceptibles de discusión, de matización, de desacuerdo, etcétera. Hay una que, realmente, me resulta mucho menos clara, pero que, en el fondo, se encuentra en la base, a mi modo de entender, del contencioso entre religión y política que en estos dos o tres últimos siglos ha perturbado la vida de los europeos. La cuestión, planteada muy resumidamente y, quizá por eso mismo, de alguna forma caricaturizada es: parece que la política en Occidente se ha movido entre estos dos polos. Por una parte, una teologización de la misma política con manifestaciones muy

diversas como, por ejemplo, el régimen nazi, el estalinismo y el franquismo. Por otra, la reducción de la política a meros actos administrativos: la tecnocracia al poder. ¿Como encontrar un discurso político que evite o, por lo menos, suavice estos dos escollos?

La tradición cristiana y la tradición socialista a finales de siglo

A mi modo de entender, ahora mismo, las dos tradiciones se encuentran enfrentadas a unos desafíos muy semejantes y al mismo tiempo; después de haber desechado, por ambas partes, toda una sarta de prejuicios y confrontaciones, existen posibilidades de colaboración.

Las dos tradiciones se encuentran ahora sometidas al impacto destructor del *olvido*; el olvido de sus genuinas tradiciones. Hegel, en un escrito de juventud, dice de Jesús que vivió hace tanto tiempo que parece como si no hubiese vivido nunca. La tradición socialista y la tradición cristiana vienen de tan antiguo que, muy a menudo, en el presente, olvidan sus rasgos más auténticos y característicos como si no tuviesen ninguna importancia. Y no me refiero a las formulaciones concretas, que siempre se encuentran históricamente determinadas, tampoco aludo a las respuestas concretas a las urgencias del presente, que se plantean cuando los tiempos están maduros, sino al olvido de la actitud fundamental que hay detrás de una determinada tradición, y que, en el caso que nos ocupa, quizá se pueda resumir mediante el término *compasión, sufrir con*, al margen de la matización que haya que hacer en cada caso de la compasión.

Querría señalar un rasgo muy significativo de nuestros días: la *desafiliación* que se experimenta en todas partes y que, posiblemente, tenga algo que ver con el desencanto que planea ahora sobre nosotros. (Jacob Taubes: escatología, apocalipsis, gnosis).

Otra cuestión que hay que considerar es la proliferación de los sistemas de valores. Ya hace algunos años, Michel de Certeau afirmaba que «ahora mismo hay demasiados objetos en los que creer y no hay suficiente credibilidad». El aumento vertiginoso de los dogmas, dentro y fuera de las iglesias, ha provocado a medio plazo la total relativización de todo, la cual tiene mucho que ver con la «moral del camaleón» de la que habla Adela Cortina. Un aspecto de la crisis actual que afecta igualmente a la tradición socialista y a la tradición cristiana, viene dado por la crisis de las transmisiones. Todas las instituciones basadas en la transmisión (familia, escuela, Estado, Iglesia) la sufren. Vistas las cosas desde otra perspectiva, se puede decir que estamos inmersos en una *crisis pedagógica* de enormes proporciones.

Parafraseando a Max Weber, se podría decir que el «desencantamiento del mundo» se expresa actualmente en términos de «desencan-

tamiento de la política», «desencantamiento de la religión», «de la cultura», etcétera. Aquí se hace presente el peligro del pragmatismo puro y duro al poder; esquema «usar y tirar».

En términos generales, ni los sistemas religiosos (en nuestro caso, la Iglesia católica) ni los sistemas políticos (en nuestro caso, la tradición socialista) han equipado a sus adeptos para la *desobediencia civil*, porque, por regla general, han optado de una manera indiscriminada por el poder sin promocionar la autocrítica.

Actualmente, tanto la tradición cristiana como la tradición socialista, a causa de la mezcla explosiva que representa una crisis ideológica potenciada con una crisis económica, se encuentran enfrentadas con la inquietante presencia, por una parte, de toda clase de corrientes fundamentalistas y, por otra, de los movimientos y tendencias que se incluyen dentro de la *new age*. A menudo, la fundamentalización y la *new age* se encuentran fuertemente representadas en ambas tradiciones. No hace falta referirse aquí, por una parte, a las enormes ambigüedades de los grupos actuales con talante fundamentalista y de su interés por el «principio del líder» y, por otra, a las aberraciones que cometen muchos grupos incluidos dentro del «retorno de lo sagrado», en los cuales se encuentran muchos *ex*. Sería muy conveniente para las dos tradiciones analizar cuidadosamente el porqué de la ubicación actual en estos grupos de tantos *ex* militantes, *ex* sacerdotes, *ex* sindicalistas, *ex* religiosos, etcétera.

Unos puntos de conclusión

Finalmente, quisiera apuntar unas brevísimas conclusiones con la finalidad, sobre todo, de promover el diálogo. Es un hecho bastante evidente que la demanda de sentido constituye uno de los aspectos más importantes de nuestros días, tanto en política como en religión. Parece, y me refiero especialmente a la Iglesia, que es la organización que conozco mejor, que nuestras instituciones son incapaces de responder a la demanda de sentido si no es mediante la producción de normas.

La tradición socialista y la tradición cristiana —y esto se encuentra de una forma diáfana en sus respectivos orígenes— han sido antídotos contra el *individualismo*. Justamente el individualismo, a partir de, por ejemplo, de Hume y Hobbes, constituye una de las afirmaciones mayores de la cultura occidental, que encuentra su máximo representante en Nietzsche. Este constituye, ahora mismo a menudo perversamente interpretado, el punto de referencia fundamental de todo el cajón de sastre que se denomina posmodernidad, pensamiento débil, etcétera. Creo que ni la tradición cristiana ni la socialista han sabido resistir a la infección individualista, lo cual significa que, en estos últimos decenios, han dejado que la *comunidad* se desarticulase.

La categoría prójimo es la piedra de toque de ambas tradiciones. Una de las tareas más urgentes consiste, a mi parecer, en la revitalización del tejido comunitario, lo cual supone un retorno a una de las tradiciones que siempre han poseído más vigencia en nuestro país: el asociacionismo. Un asociacionismo que tendría que relativizar la tendencia a la multinacionalización de la política y de la religión. Esto no es para fomentar el provincialismo, por otra parte tan típico de la derecha de nuestro país, sino para conseguir una real *convivencia de prójimos*, es decir, de personas que *se comunican* y que son capaces de *simpatía*. Se trata de lo que decía San Pablo, de «gozar con los que se gozan y llorar con los que lloran» (Romanos 12, 15). Aquí la y es de la máxima importancia.

Los contextos actuales no son los mismos en los que se formularon la tradición socialista y la cristiana. Se impone una tarea de recreación en función de las urgencias del momento presente, es decir, hay que crear una justicia, una libertad, una convivencia, una fraternidad *creíbles* aquí y ahora. El drama de la tradición cristiana y de la tradición socialista actuales es que, en amplios sectores de la sociedad, resultan *increíbles*. Y son increíbles porque, muy a menudo, son increíbles sus adeptos más cualificados. San Pablo decía a los cristianos de su tiempo: «El nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros entre los Gentiles». (Romanos 2,24)

La sociedad del siglo XXI, si nos abandonamos a la dinámica actual, puede ser realmente invivible. Intentar ofrecer un futuro mejor a nuestros hijos puede ser una tarea que nos haga a todos un poco mejores y, muy posiblemente, más felices. Yo continúo creyendo en aquella sentencia de San Pablo, que remite al mismo Jesús: «Más bienaventurada cosa es dar que recibir». Por eso nos hace falta una cosa que a menudo las insituciones religiosas y políticas no están dispuestas a aceptar: el *intento*, lo cual comporta la posibilidad (que desde la perspectiva humana es un derecho) de *equivocarse*. La falta de autocrítica se encuentra en la base de todos los comportamientos dictatoriales, los cuales, desgraciadamente, se han hecho presentes demasiado a menudo en muchas de las realizaciones históricas de estas dos tradiciones.

La *solidaridad* como fruto del reconocimiento del prójimo, cercano o lejano (sin olvidar aquello que decía Max Scheller: «Muchos quieren a todos en general, con el fin de no tener que querer a nadie en concreto»), es el valor máximo que, a mi forma de entender, pueden compartir las dos tradiciones. Una solidaridad, diría, que comienza a escala *micro*, con el fin de proveer, si eso resulta finalmente posible, al conjunto de la humanidad. Una solidaridad, finalmente, que posiblemente sea la terapia que con más urgencia necesita, ahora mismo, nuestra sociedad.